



Todo lo espiritual es sencillo

Pablo d Ors | Sacerdote y escritor

1. De un modo u otro, todos buscamos a Dios: esta es una de las tres o cuatro convicciones pastorales a las que he llegado tras casi veinticinco años como sacerdote. No todos lo buscamos de la misma manera, eso es evidente, como lo es que hay muchos que ni siquiera saben que es a Él a quien están buscando. Pero tras cualquiera aspiración de plenitud o felicidad, late siempre el propio Dios, discreta y anónimamente.

2. La Iglesia católica se hace cargo solo de una pequeña parte de todas estas aspiraciones espirituales que laten en el corazón de nuestros contemporáneos. Por desgracia, ni siquiera esa pequeña parte es atendida como se debería. No creo que la causa sea difícil de diagnosticar: en la Iglesia nos hemos perdido en ritos, fórmulas, doctrinas y consejitos morales, descuidando lo primordial. ¿Y qué es lo primordial? Pues lo que atañe al Espíritu. Lo accidental es todo lo que se refiere a la liturgia, a la teología y a la moral. Todos sabemos muy bien que lo religioso debería estar al servicio de lo espiritual, pero todos sabemos también que casi nunca es así, y esta es la segunda de mis convicciones pastorales. Lees un libro de teología y nunca te dan ganas de orar. O escuchas una predicación moral y no sientes el deseo de ser mejor persona. O asistes a una eucaristía y no hay ni un segundo en el que puedas experimentar que se celebra la comunión. Dicho con rotundidad: el actual prestigio de la espiritualidad se está construyendo sobre el merecido desprestigio de la religión.

No concluyo de aquí que haya que acabar con las religiones, pero sí resulta imprescindible recrearlas y renovarlas, so pena de que persistan en el tiempo como mero residuo cultural. Mi empeño como sacerdote es el de insuflar vida a los ritos y mitos religiosos para mostrar que son un camino privilegiado e insuperable –y subrayo esto de privilegiado e insuperable– de acceso a lo espiritual.

3. Para insuflar vida no basta el entusiasmo o la voluntad. A este fin es preciso tener un criterio pedagógico muy claro: la simplicidad. Solo lo que es sencillo es espiritual: esta es la tercera convicción a la que he llegado en estos últimos veinticinco años. Por desgracia, hemos construido una sociedad y una Iglesia en la que solo lo complicado tiene prestigio. Pero lo que el alma necesita realmente es la simplicidad. Las cosas

sencillas son elegantes en su sobriedad. Y la elegancia, como la sobriedad, nos hace mucho bien. Lo sobrio nos sana porque crea espacio en nuestro interior, permitiéndonos el movimiento de la elección, la libertad, que es lo que nos caracteriza como humanos. Lo abigarrado, exuberante o complejo, por contra, tiende a ocupar nuestro espacio interior, dificultando la actitud receptiva, base de toda espiritualidad. El hombre está hecho para lo sencillo. Es en lo sencillo donde se realiza. La elegancia no es posible sin sencillez. La elegancia es la maestría natural en el movimiento, y eso, cuando lo vemos, cuando lo protagonizamos, nos devuelve a nuestra patria.

Mi principal empeño pastoral, tanto por lo que se requiere a la práctica de la oración como a la profundización y difusión del mensaje del Evangelio, es hoy la simplicidad. Un texto, un ejercicio, una ceremonia que no sean claras y sencillas no son pastorales. Y a mí, lo que me interesa por encima de todo, es la pastoral y la espiritualidad, es decir, alimentar el alma de los otros y la mía. Para eso escribo ahora. Para eso he escrito en el fondo siempre.

4. De niño aprendí de memoria las obras de misericordia: dar de comer al hambriento, de beber al sediento... Lo que últimamente he comprendido es que no se trata solo de dar pan al hambriento, sino de ser el pan para él, de convertirse en alimento. No es casual que una de las últimas palabras de Jesús fuera: esto es mi cuerpo, esta es mi sangre. Todo hombre llega a la plenitud de su humanidad cuando dice algo semejante: quiero ser alimento para vosotros, quiero prolongar mi vida en este mundo desde dentro de vosotros, dándoos fuerza. Yo soy el pan de la vida: eso es lo que todos, sin excepción, estamos llamados a decir.

El camino para llegar a esta cima humanitaria y mística suele ser muy largo. Llegamos a ese ideal recorriendo las etapas que, sucintamente, he delineado: universal aspiración a Dios; decadencia de la religión en lo ritualista e ideológico; necesidad primordial de la simplicidad; y conversión de la vida en alimento para la vida de los otros.

En el nº 2.940 de Vida Nueva